

RESEÑA DE LIBROS

ALEXANDER A. PARKER, *The Allegorical Drama of Calderon. An Introduction to the Study of the Autos Sacramentales*. Oxford and London, 1943.

Los autos sacramentales de Calderón son uno de los terrenos menos explorados de la literatura española. La falta de ediciones modernas, lo abstracto y alegórico de los argumentos y hasta el mismo número de ellos son otros tantos obstáculos que se levantan entre el lector moderno y los autos, expresión poética la más alta del catolicismo posterior a Trento, del mismo modo que lo es el Dante del catolicismo de la Edad Media. Divorciados del pueblo que los aplaudía hasta el momento de su prohibición y sólo de tarde en tarde representados ante la indiferencia de los auditorios, los autos yacían en medio de un vacío por el que tímidamente se aventuraba el historiador de la literatura, generalmente falto de simpatía por el barroco, cuando no de la cultura teológica necesaria para comprenderlos. Hubo, sí, un momento en el siglo pasado en el que los románticos alemanes se apasionaron por Calderón, exaltaron sus autos y los tradujeron, sin llegar por eso a penetrar en el espíritu de la época que los produjo ni a admirar la finura y complejidad de su técnica y de su estilo ¹. Es natural que en estas circunstancias tampoco lograran nada positivo en lo que se refiere a su valoración.

En los últimos años, sin embargo, había señales de que los autos empezaban de nuevo a interesar. Especialmente don Angel Valbuena, con sus trabajos y sus ediciones ², llevaba hacia ellos nuestra atención a favor de esas coincidencias entre el arte nuevo y el barroco que habían determinado la vuelta a Góngora con ocasión de su centenario. Por eso el doctor Valbuena nos hacía admirar en el lenguaje y estilo de Calderón lo mismo que habitualmente le reprochaban sus críticos realistas del XIX; por eso su labor ha sido tan útil en lo que respecta

¹ Vid. sobre este punto lo que dice Parker en el cap. 1, parte, 111.

² Vid. A. Valbuena Prat, *Los autos sacramentales de Calderón (clasificación y análisis)*, en *Revue Hispanique*. LXXI (1924), p. 1, los excelentes prólogos a su ed. de Clás. Cast., Madrid, 2 tomos, 1926 y 1927, y lo que hay sobre los autos en su *Literatura dramática española*, Barcelona-Buenos Aires, 1930, y en el t. 11 de su ya famosa *Historia de la literatura española*, Barcelona, 1938. Aún no me ha sido posible ver, por las dificultades de comunicación que hemos padecido, el último libro de don Angel Valbuena sobre Calderón.

a poner de relieve el valor poético de los autos, su estrecha relación con las demás manifestaciones del arte barroco y muy especialmente con la plástica y su importancia dentro del conjunto de nuestra literatura del xvii. Una vez destruída por don Angel Valbuena la corteza de prejuicios que cubrían los autos, hacía falta que se les estudiara, no desde el punto de vista estético o histórico, sino desde el punto de vista de las ideas profesadas por el autor. Esto es lo que ha hecho el doctor Parker en el libro que comentamos.

Creo que su idea central es la de que, siendo los autos arte docente, no es posible gustarlos ni comprenderlos sin un conocimiento de las doctrinas que en cada uno se dramatizan. Hay que empezar pues por estudiar las cuestiones de Teología que en los autos se exponen. Y que hacerlo con un mínimum de estimación, respeto y simpatía por el catolicismo, so pena de que el que no lo sienta no llegue a ver lo dramático de los problemas, lo angustioso de las situaciones ni la importancia de los sucesos que constituyen el substrato de sus argumentos. Esto no es un intento de convertir los autos de Calderón en huerto cerrado para esparcimiento de los católicos. Por el contrario el mismo doctor Parker tiene buen cuidado de señalar, entre los errores que han dificultado nuestro conocimiento de Calderón, el de los críticos que le exaltaron por ser católico, como si esto fuera *per se* una relevante cualidad artística. De lo que simplemente se trata es de la necesidad de estudiar, con una cierta dosis de *intelletto d'amore*, las creencias que el poeta quiere transmitirnos.

Esta afirmación de que la Teología no es el motivo de la inspiración, sino sustancia misma de los autos, savia vivificadora que corre a través del cuerpo de la obra y que determina todos sus detalles, lleva al doctor Parker a definir el arte de Calderón como un arte eminentemente intelectual. No en el sentido de que se haya en él sacrificado lo imaginativo a lo intelectual, sino en el sentido de que es un arte nacido de la armoniosa cooperación de las diversas potencias del alma, regidas por el intelecto. Tal punto de vista es el que nos permite, en el caso concreto de Calderón, ver con claridad cómo los autos son poesía dramática de la más alta sin dejar por eso de ser Teología ni perder nada de su valor como obras litúrgicas o devotas. De la misma manera que un sermón no ve su eficacia disminuída por el hecho de que llegue a convertirse, en manos de un hábil predicador, en una estimable pieza literaria. Tengamos presente, sin embargo, que Calderón no aspira en los autos a originalidad como pensador y que es absurdo el intento de construir, con pedazos de ellos, un sistema.

Partiendo de esto el doctor Parker, que hace rápidamente una exposición de las más claras que yo conozco del valor de la Eucaristía como centro del dogma, de la liturgia y de la vida espiritual del creyente, estudia con finura y profundidad las fuentes del poeta, llegando a la conclusión de que San Agustín y la tradición franciscana repre-

sentada por San Buenaventura han influido más sobre él que el propio Santo Tomás de Aquino.

Quizás la mayor aportación que ha hecho el doctor Parker, en este libro tan lleno de ellas, a nuestro conocimiento de Calderón, es el estudio que hace del modo como los autos se concebían. No podemos reproducir el sutil análisis por el que demuestra, con ayuda de textos del poeta, cómo la Psicología de Santo Tomás nos da la clave para comprender el proceso creador en virtud del cual su imaginación proyecta los argumentos sobre la escena por medio de la metáfora o alegoría. Bástenos decir que el difícil problema de la verosimilitud de los autos, así como el de su relación con las unidades que son la base del teatro clásico, quedan resueltos al explicar cómo tenemos que trasladarnos del plano de la posibilidad meramente histórica al de la metafísica o conceptual, no limitada por lugar ni tiempo ni por el temor a los anacronismos. A esto se une el descubrimiento de la importancia que tiene en los autos el hecho de que en muchos casos sus personajes sean los contrarios afectos que se mueven guerra en el ánimo de una persona, que arguye o replica al propio pensamiento o que es engañada por su vanidad.

Tales son los principales puntos que el doctor Parker ha desarrollado en los dos primeros capítulos de la obra que analizamos. El resto de ella está consagrada al estudio de tres autos que, aunque no los mejores en su opinión, son de los más conocidos en nuestros días, gracias a la edición del doctor Valbuena. Esto le da ocasión de ilustrar la mayoría de sus afirmaciones con la elocuencia de los ejemplos y de estudiar el estilo de obras cuyos más pequeños detalles fueron tan cuidadosamente pensados. Vemos aquí cómo Calderón es el poeta que sabe usar el recurso expresivo que en cada caso se adapta mejor a lo que ha de decirnos, sin que haya capricho ni arbitrariedad en su combinación ni en su economía, sino una relación estrecha y armoniosa entre la complejidad de los conceptos y la del lenguaje en que se expresan. Es decir que cuando Calderón trata un argumento tan simple y tan claro como lo es el de *El gran teatro del mundo* su estilo es también fácil y sencillo y cuando por el contrario va a desarrollar un argumento más complicado su estilo se enriquece y llena de matices, perdiendo en transparencia todo lo que gana en poder sugestivo y en intensidad. Cumple entonces estudiar con el mayor cuidado el significado de las metáforas, ya que su mismo engarce y relación nos da la clave para comprender la de los conceptos poetizados por el autor. También llama el doctor Parker nuestra atención sobre los delicados efectos que se derivan del uso de palabras que pueden tener varios significados y sobre los distintos planos en que se escalonan las enseñanzas de ciertos autos: unas, evidentes a primera vista, que eran las destinadas a la multitud; otras, recónditas, que percibía lo más selecto del auditorio y a las que sólo llega el lector moderno a fuerza de agilidad.

Si ahora quisiéramos sintetizar todo lo que llevamos expuesto diríamos que el principal mérito del doctor Parker es el hacernos ver a Calderón de un modo muy distinto a como lo que había visto el XIX: como un poeta en cuyas obras hallan completa satisfacción todas las facultades del alma que, al ver reflejada en ellas su unidad, encuentra ese equilibrio que constituye la esencia de lo verdaderamente clásico. No creo que sea aventurado decir que el tono cálido en que están escritas las mejores páginas de este libro nace del deseo que tiene el autor de ver de nuevo el arte orientado hacia esa armónica integración. Desde este punto de vista es como mejor puede apreciarse el valor de los autos, así como la perspicacia y penetración con que el doctor Parker los analiza.

ENRIQUE MORENO BAEZ

RODOLFO LENZ, *La Oración y sus Partes. Estudios de gramática general y castellana*. Cuarta edición. Santiago, Chile, Editorial Nascimento, 1944, 572 págs.

Si alguien abre este libro buscando un nuevo "conjunto de reglas para hablar y escribir correctamente la lengua castellana", se lleva por igual un chasco y una sorpresa. Porque, además de no encontrar ni un solo precepto que sosiegue sus escrúpulos gramatiquistas, sí encontrará una continua explicación psicológica, histórica, y comparativa de hechos reales de la lengua, muchos de los cuales serán acaso los mismos para cuya "corrección" andaba solicitando auxilio. O sea, que en vez de reforzar, o aun siquiera repetir las barreras casi siempre artificiales e irreales que las gramáticas corrientes pretenden oponer al desarrollo natural del idioma, este libro se dedica a analizar, sin prevenciones, una serie de sectores muy importantes y comprensivos en la índole del lenguaje humano, tomando por derrotero principal la lengua castellana, pero asomándose de continuo al panorama de otras hablas, una de ellas, el mapuche o araucano, de estructura muy diferente.

El autor, don Rodolfo Lenz, muerto en noviembre de 1938, fue uno de los profesores alemanes que el gobierno de Chile se llevó a ese país, no en fugaz "misión pedagógica", de las que no dejan apenas recuerdo, sino a enseñar de por vida y formar maestros y científicos de la tierra. Poseía dominio completo y fecundo del idioma castellano, evidente así en esta exposición certera de sus fenómenos y peculiaridades íntimas, como en el modo espontáneo, suelto, vivaz, variado, y significativo en que lo emplea, mejor que muchos que en él rompieron a hablar. Lo alentó admiración temprana y creciente, no ciega sino crítica y por lo mismo tanto más sólida y valiosa, a don Andrés Bello y a don Rufino J. Cuervo, cuya verdadera mentalidad de glotólogo y no gramático, supo comprender más claro y más pronto que los propios desorientados adoradores coterráneos del sabio bogotano.